

la alegría del alma? ¡Esos solos son los bienes positivos de la tierra!

—¡Mi corazón ansiaba amar!

—¿Por qué no amas á tu marido?

—¿Acaso se manda al amor?

—Con la razón, sí.

—Tú serás virtuosa toda tu vida! exclamó con amargura madame Talliën, porque el temple de tu alma sólo necesita de tranquilidad.

—¿Y el de la tuya?

—Necesita las tempestades.

—Te compadezco, pues.

—¡Y tienes razón!

—¿No vendrás esta noche para asistir á mi entrevista con el general, dado caso que venga él?

—¡Oh! No faltará. No lo temas.

—Lo temo, pues, porque se trata de la fortuna de mis hijos; pero ¿tú no vendrás?

—No.

—Lo siento, pues te irías tranquila.

—¡No! No quiero exponerme á esta prueba cruel, ni quiero tampoco descender á tus ojos, dijo madame Talliën levantándose: me basta con que tú sepas que le amo, y que he sido amada por él.

Y dichas estas palabras, Teresa Cabarrús estrechó la mano de su amiga y desapareció.

Josefina quedó pensativa y cavilosa, según quedaba siempre que oía pronunciar el nombre de Napoleón Bonaparte; y poco después llamó á sus

hijos, que se paseaban á corta distancia, y se volvió con ellos á su casa.

Cuando llegó, se halló sobre una de las consolas de la sala la espada que había pertenecido á su marido: le había sido remitida por el general Bonaparte; con un billete que decía así:

«Esta noche á las nueve, el general Napoleón Bonaparte tendrá la honra de pasar á saludar á la vizcondesa de Beauharnais, y en tanto, le remite el objeto que ella y su hijo estiman con tanta razón.»

XIV.

Acaso sin darse cuenta ella misma del porqué, puso Josefina aquel día más esmero en su tocado que los anteriores.

Tenía la costumbre de vestirse para comer, pero en aquella noche buscó entre el reducido número de sus vestidos el que mejor podía estarle de todos, y eligió al fin uno verde con ramos de raso blanco, cuyo gracioso corte hacía resaltar la elegancia de su talle.

Hortensia se puso un traje blanco, y así ataviada, con sus largos cabellos rubios sueltos en rizos y su peregrina y fresca belleza, se asemejaba á la joven Hebe, según nos la pinta la mitología.

Hortensia era muy bella: sus grandes ojos azules oscuros estaban llenos de dulzura y de inteligencia: su pregrina boca tenía una adorable expresión de sensibilidad y de candor: su nariz era fina y estaba llena de gracia, lo mismo que su frente, que ostentaba el más puro dibujo griego: una cabellera dorada coronaba su cabeza, y parecía como que la abrumaba con su peso, pues era habitual en ella una graciosa inclinación hacia el hombro.

La estatura de Hortensia era alta para su edad, pero no de modo que prometiese para más adelante una extraordinaria altura: todas sus formas eran tan lindas, tan suaves, tan torneadas, que la vista no acertaba á separarse de ellas.

La madre misma enlazó el flexible talle de la niña con un ancho cinturón de color de rosa, y ciñó su garganta con un collar de menudas perlas: luego, contemplándola con adoración, exclamó:

—¡Hija mía! ¡Qué hermosa estás!

—Más lo estás tú, mamá—repuso Hortensia, mirando á su vez á la vizcondesa con cándido orgullo:—ese traje te hace parecer encantadora.

—Eso será á tus ojos, observó Josefina con una sonrisa en la que había algún rubor.

—Y á los de todos. ¡Si es que estás muy bella! ¿Verdad, hermano?

—Nunca la he visto tanto—contestó Eugenio—mamá está esta noche encarnada y la brillan los ojos: las dos estáis encantadoras.

La campanilla de la puerta sonó en aquel instante: Eugenio, advertido por una señal de su madre, salió á recibir al general. Hortensia le esperaba á la puerta.

Poco después apareció Bonaparte, que traía de la mano al joven vizconde, y hablaba con él amigablemente.

Al entrar, la rubia Hortensia le hizo una graciosa cortesía, y el general, sorprendido al principio con su hermosura, le tomó una mano y se la besó con galantería.

—Por cierto, señora—dijo volviéndose á la vizcondesa—que sois muy dichosa teniendo unos hijos tan hermosos.

Josefina se había levantado para saludar al general: cuando éste se hubo sentado, respondió á lo que acababa de decirle.

—Son aún más buenos que hermosos, general, y me quieren con pasión.

—Creo que debéis ser una excelente madre.

—Procuró hacer cuanto está de mi parte: es verdad que mis hijos no pueden ser mejores para mí de lo que son.

—¿A qué carrera destináis al vizconde, señora?

—El se inclina á la de las armas: mas yo prefiero la de la diplomacia.

—Ya discutiremos eso los dos, dijo el general sonriendo: quiero que Eugenio vea desde hoy en mí, no sólo á su mejor amigo, sino á su segundo padre.

— ¡Oh, general!— exclamó el niño— ¡sólo el oíros decir eso... á vos, es ya para mí una dicha inapreciable!

—¿De veras? ¿En tan alta estima me tenéis?

—En la más alta que me es posible, y estoy seguro de que es sólo en la que merecéis.

—Por más que no lo creáis, querido Eugenio, vuestra opinión es para mí de gran valor, dijo Bonaparte afectuosamente al hijo de Josefina.

Después, volviéndose á su madre y sacando del bolsillo un papel doblado, añadió:

—Aquí tenéis, señora, la orden para que se os devuelvan los bienes de vuestro esposo. ¿No teníais vos también algunos en Francia?

—No, señor—respondió Josefina—yo nací en las Colonias, y lo poco que poseo radica allí.

—¿Queréis reducir á dinero aquellos intereses? Yo enviaré á un agente fiel.

—No, general—respondió la vizcondesa:—¿quién sabe si aun tendré que buscar allí el sosiego de que tanto necesito? ¿Quién sabe si aquel será un puerto de paz en la borrasca? Si no vislumbro pronto un porvenir para mi hijo, allí me retiraré con él y con su hermana.

—Yo he tenido el honor de decir á Eugenio, señora, que quiero ser para él un segundo padre: ahora añado que quiero ser para vos vuestro mejor amigo: ¿me rehusáis como tal?

—¡Oh! ¡No, por cierto! respondió Josefina ru-

borizándose ante la mirada que fijaba en sus ojos Bonaparte.

—Entonces no penséis en dejar la Francia,—dijo el general—porque ella será una madre para vos.

—Extraño me parece que así améis á la Francia—dijo Josefina—porque no es vuestra patria.

—Así es: yo nací en Córcega, y sin embargo, amo tanto á esta patria adoptiva, á esta patria de mi inteligencia, que he sacado mi espada contra la tierra que meció mi cuna y en favor de la Francia.

—Perdonad que no aplauda semejante acción, dijo Josefina.

—Cuando se camina á un fin noble y elevado, no deben mirarse los medios que se emplean, respondió Napoleón, por cuyos ojos pasó como un relámpago, y cuyas mejillas habitualmente cubiertas de una palidez marmórea, se animaron con un fugitivo carmín.

—¡Oh!—exclamó Josefina con voz trémula y sin atreverse á mirar á aquel hombre extraordinario:—vos, caballero, debéis tener una voluntad de hierro.

—La tengo, señora; para mí no hay obstáculos cuando quiero una cosa.

Reinó el silencio durante algunos instantes: Hortensia y Eugenio se habían retirado á un ángulo de la sala, y miraban juntos un álbum que contenía vistas de la Martinica; su madre, aprovechán-

do su distracción, dijo á Bonaparte á media voz:

—Hoy he visto á una amiga vuestra, que lo es mía también, ó mejor dicho, que es la mejor que tengo.

—¿Quién es?

—Madame Tallián.

—Supongo que os habrá hablado mal de mí,—observó Napoleón sonriendo:—conozco su carácter.

—Estáis, sin embargo, en un error.

—Debe estar quejosa de mí.

—¿Por qué?

—Por lo que lo está siempre una mujer: la amé y he dejado de amarla.

—¿Por qué? ¿Cómo explicáis esa inconstancia, esa sinrazón del amor?

—En los demás, por la inestabilidad de la condición humana: en mí, que soy firme como una roca en mis convicciones y hasta en mis pasiones, por otra razón.

Al decir estas palabras, fijó el general en la vizcondesa una mirada tal, que ésta bajó la cabeza sin atreverse á decir una sola palabra.

—¿No me preguntáis esa razón?—dijo Bonaparte.—¿No os interesa saberla? ¿O es que acaso la sabéis?

—No, por cierto—balbuceó Josefina;—¿cómo he de saberla yo?

—Pues voy á deciroslo: la razón de no amar ya á Teresa, es que os amo á vos.

—Paréceme, general, que os estáis burlando de mí—dijo Josefina alzando con altivez su linda cabeza.—Si es así, lo sentiré por vos.

—¿Por qué, señora? yo os digo que os amo, porque es así; ¿os ofende acaso este amor?

—Me ofende la ficción del sentimiento.

—Yo no finjo: ¿ni quién me obliga á ello? siento que os amo, y os lo digo: siento que seria dichoso llamándoos mía, y os propongo si queréis serlo: esto es muy sencillo.

—¡Cómo!—exclamó la vizcondesa, cuyas blancas mejillas se tiñeron de un subido color de rosa:—os atrevéis á proponerme....

—Qué os caséis conmigo: no sabría yo profanar el amor que os tengo, acaso el único, verdadero, grande y puro de mi vida, con otra pretensión, y ahora—añadió levantándose—ya sabéis cómo pienso, y cuál es mi objeto viniendo á vuestra casa: hacerme amar de vos: y pensad en que si sois mía, sabré haceros dichosos, no sólo á vos, sino tambien á vuestros hijos.

El general fué hácia donde estaban los dos jóvenes. Hortensia le presentó la frente con un movimiento lleno de candor. Eugenio le echó ambos brazos al cuello.

El general abrazó á su vez á los dos amables niños, y salió con un semblante muy distinto del que llevaba al entrar.

La muda rigidez de su frente se había suavizado

por una hermosa expresión de ternura: sus grandes ojos grises sonreían y brillaban como humedecidos: su boca se había dulcificado: parecía alumbrado interiormente por la luz vivificadora del sentimiento.

XV.

Los amores de Napoleón Bonaparte y de Josefina siguieron un curso rápido y dulce, como lo es siempre la pendiente del amor verdadero.

Cada noche, el general iba á pasar tres horas al lado de la vizcondesa, y aquellas eran sus horas de descanso.

Agobiado de fatigas, acosado de ambición, soñando en la conquista del mundo, que llevó á término, guiado por su genio colosal, sólo hallaba dulce la vida al lado de aquella mujer, que, desde la vez primera que apareció ante sus ojos, se había hecho dueña absoluta de su corazón.

El talento de Josefina le encantaba: la dulzura de su carácter suavizaba todas las asperezas que el destino se complace en levantar en el camino del genio: la vizcondesa era no sólo la mujer á quien amaba, sino también su amiga íntima, y la sola persona que en el mundo le inspiraba completa y absoluta confianza.

Rodeado de asechanzas y de enemigos, Bonaparte no contaba jamás con el instante siguiente; pero cuando entraba en casa de la vizcondesa ¡qué calma tan deliciosa envolvía todo su sér!

Fuera el ruido de los negocios, el rugido de la ambición, la batalla de la vida: allá dentro, el ruido del amor, la paz, los perfumes, el sentimiento, la gracia extrema del amor grande, confiado y puro: doquiera el alma del grande artista, que hizo un arte de la conquista del mundo, hallaba un encanto nuevo: el paisaje que pintaba Hortensia, los versos que leía Eugenio: la melodía que elevaba acompañándose en el piano, la pura y armoniosa voz de su madre, aquella profusión de flores, aquella atmósfera cálida, y saturada de un dulce y penetrante perfume; aquel eterno encanto de la juventud de la madre y de la adolescencia de los hijos; todo aquello tenía sujeto á Napoleón con cadenas á la vez invisibles é inquebrantables.

Un día le invitaron á que se quedara á comer: la vizcondesa se lo insinuó tímidamente; pero Hortensia y Eugenio se apoderaron cada uno de un brazo del general, y le obligaron á sentarse de nuevo, sin permitirle que saliera de allí.

Aquel día el general comió como un estudiante; y desde aquél, casi todos se quedaba, no queriendo comer sólo cuando podía hacerlo en tan amable compañía.

¿Qué pasaba en el corazón de Josefina?

Si alguna de mis lectoras ha tenido la dicha de ser amada por un hombre superior, puede fácilmente suponerlo.

Incapaz de defenderse del encanto de aquel sér, uno de los más grandes que el mundo ha conocido, comprendió desde el primer instante su probable derrota dejöse llevar de la rápida corriente del amor, y acaso la vanidad de verse amada por aquel hombre superior, no entró por poco en lo que sentía.

Algunas veces, al pensar en su amiga Teresa, postrada con una enfermedad terrible, desde que tuvo la evidencia de los amores de Josefina con el general, una lágrima humedecía sus ojos y decía suspirando:

—¡Pobre Teresa!

—¿Pero quién ignora que el amor es egoísta? la doliente imagen de la amante desdeñada pasaba como una sombra ante los ojos de Josefina, que en breve los volvía hacia los rosados y espléndidos horizontes de sus sueños de amor.

En cuanto á madame Talliën, su felicidad se había hundido para siempre, como esos países que extienden sus florestas al lado de un torrente, y que cuando el torrente rompe sus diques, quedan sepultados bajo la furiosa corriente de sus aguas.

Una noche que Josefina volvía con un criado de ver á una señora amiga suya que se hallaba enferma, quedó absorta al atravesar una calle oscu-

ra, viendo una figura vestida de negro que se la puso delante.

Era una mujer.

Su alta estatura, lo parecía más á causa de lo ceñido de su traje: llevaba una capa con una capucha que le cubría los cabellos, pero que dejaba descubierta su blanca frente y un semblante en que brillaba la sombría belleza del ángel desterrado del cielo.

Josefina la vió á la luz vacilante de un reverbero, y su corazón, más que sus ojos, le dijo:

—¡Esa es Teresa!

—Yo soy, Josefina, dijo la fatídica figura como respondiendo al pensamiento de su amiga: sí, yo soy: he querido verte y hablarte aún una vez, para decirte que me has arrebatado toda la dicha que tenía en la tierra; pero que tú tampoco serás feliz por largo tiempo.

La vizcondesa tembló.

—Te casas—prosiguió Teresa—más que por amor, para asegurar tu porvenir y el de tus hijos: acaso el de éstos sea feliz; pero el tuyo, créelo, estará lleno de lágrimas.

—¿Que no me caso yo por amor?—exclamó indignada Josefina;—¿quién te ha dicho tal cosa? ¿Ni cómo podría yo dejar de amar, al que tiene en su mano el imperio de todos los corazones?

—Entonces, tanto más amarga será tu suerte, dijo madame Talliën;—si impera también en el

tuyo, lo destrozará, como hizo con el mío: adiós, prosiguió, echándose sobre el rostro los pliegues de su velo; adiós, Josefina, acuérdate de mi profecía: ¡la desgracia te herirá, y acaso te herirá de muerte! Entonces te acordarás de que has sido ingrata y perjura con la amistad.

Y Teresa se alejó á lo largo de la sombría calle, dejando á Josefina llena de angustiosos presentimientos.

La sola vista de Bonaparte consiguió empero calmarlos: aquel hombre disponía por completo de su voluntad.

Unieronse, por fin al pie de los altares, el general Napoleón Bonaparte y la linda vizcondesa de Beauharnais, cuando se cumplían los dos años de viudez de ésta; y si Josefina se halló feliz al dar el sí nupcial, aun más dichosos se creyeron sus hijos al poder dar el dulce nombre de *padre* al que mandaba desde hacía largo tiempo en sus corazones.

Acaso si hubiera visto la vizcondesa que sus hijos no profesaban cariño al general, hubiera rehusado aquel enlace; pero era tal la ternura que le manifestaban, y tanta la que el general sentía por los dos jóvenes, que este fué el principal motivo de dicitirla á aquella unión.

Todo París aplaudió aquel casamiento: Josefina era ya muy conocida por su beneficencia y por sus virtudes, y el nombre de Bonaparte empezaba á estar circundado de gloria.

La vizcondesa, aunque había ganado mucho en bienes de fortuna, no quiso dejar la linda casita que habitaba: su marido quería tomar uno de los palacios de la avenida Maillot; pero Josefina se opuso dulcemente.

—No, le dijo, aquí te he conocido y aquí quisiera vivir hasta que el destino mismo nos ordene dejar esta morada, tan llena de recuerdos para mí.

El destino fué, en efecto, quien los arrancó de allí. Bonaparte fué nombrado general en jefe del ejército de Italia: aquel debía ser el teatro de los primeros triunfos verdaderamente grandes de Napoleón, los que, según dice un excelente escritor de nuestros días, *igualan, si no exceden, á los de los más grandes capitanes de los tiempos antiguos.*

Josefina no quiso separarse de su marido: su hija fué depositada en una de las mejores casas de educación de París. Eugenio fué al colegio politécnico; y ambos esposos salieron para Italia.

Josefina siguió á su esposo en toda la campaña: y éste empezó por establecer la disciplina entre sus soldados, y por inspirarles el amor á la gloria, que después debía conducirles á tan altas empresas militares.

En tres días ganó las batallas de Montenotte, Millésimo y Mondovi, después de las cuales pasó el Po, conquistó á Plasencia y á Parma, tomó el puente de Lodi, entró en Milán, ocupó la Toscana, tomó á Ancona, Roveredo, Bosano, Areola y

Rivoli y se hizo dueño de Mantua, castigando á Venecia por haber dado auxilios á los austriacos, celebrando por fin el famoso tratado de Campo-Formio.

En la larga serie de sus admirables conquistas, no se mostró sólo capitán aguerrido, sino que dió pruebas de profundo político, organizando y administrando los pueblos con la misma celeridad con que los iba conquistando, y dándoles todo el alivio que estaba en su mano, después de los inevitables desastres de la guerra.

Josefina conquistó durante aquella campaña la admiración hasta de los mismos enemigos de la Francia.

—Yo gano las batallas y ella los corazones, decía Bonaparte con mucha razón.

Determinado á saciar su ambición, que era tan grande como su fama, *el coloso del siglo*, como se le llamaba con tanta verdad, dió la vuelta á París, y pensó en el golpe de Estado que debía acabar de levantar su nombre á tan gigantesca altura.

Sin embargo, su gran penetración le dijo que aun no era tiempo de llegar al poder supremo, que era el objeto de todos sus deseos; y para facilitar el camino, propuso al Gobierno la campaña de Egipto.

Su entrada en París fué un triunfo de los más grandes que ha presenciado la Francia: el Directorio salió á recibirle. Josefina, sentada á su lado en

un magnífico carruaje, participaba de los honores que se le tributaban y llevaba impresa en su rostro la alegría.

Barrás llevó en su compañía á Hortensia y á Eugenio, que iban á recibir á sus padres. Josefina los estrechó contra su pecho, y Napoleón los abrazó también con íntimo afecto, haciéndoles subir en su mismo carruaje.

Josefina se retiró al palacio de la Malmaison, situado en las cercanías de París, y se llevó consigo á sus hijos, de los que ya no quería volver á separarse, y Bonaparte, ocupado activamente de sus proyectos de expedición, iba también á hallar su descanso en aquel lindo palacio de recreo.

Partió al fin para la gigantesca campaña de Egipto, que debía ser el escabel de su inmensa elevación: su despedida de Josefina y de sus hijos fué en extremo tierna: la pobre esposa sintió que su corazón se oprimía dolorosamente, como si fuese présago de las torturas con que tendría que pagar la elevación de su marido.

XVI.

Calmado ya el primero y más agudo dolor de la ausencia, empezó de nuevo para Josefina aquella apacible vida que antes había llevado con sus hijos.